



*Estandarte y porta-estandarte de la Compañía Española  
de Reales Guardias de Corps. Hacia 1748.*





*Estandarte y porta-estandarte de la Compañía Italiana  
de Reales Guardias de Corps. Hacia 1748.*





*Estandarte y porta-estandarte de la Compañía Flamenca de Reales Guardias de Corps. Hacia 1748.*



*Brigadier de los Reales Guardias de Corps. Hacia 1748.*

Ayuntamiento de Madrid

TROPAS DE LA CASA REAL ESPAÑOLA (2)

# GUARDIAS A CABALLO 1704-1824

Por ALFONSO DE CARLOS



Guardia de Corps. Compañía Italiana (1748).



Granadero a caballo, del Rey (1735).



Brigada de Carabineros Reales (1732).



Uniforme de Cazadores de Carabineros Reales.



EN tanto que Felipe V permanecía en Italia, la Reina, en Madrid, estaba llena de espanto, pues parece ser que un hombre de la servidumbre tenía una llave de palacio con la cual entraba a visitar a una dama. Esta aventura, aumentada en la Corte, hizo que la Reina escribiera al Rey contándole el ruido de cerraduras y el peligro en que se hallaba, según creía ella.

Felipe V, convencido de estos temores, y ante la necesidad de un cuerpo respetable de tropas, con destino a la custodia de las personas reales, expidió, en Milán, el Decreto que extractamos: «Habiendo tenido por conveniente formar dos regimientos de mi guardia, uno de caballería sobre el pie de "Españoles" y otro de infantería "Walona" a más de la compañía de guardia de "Cien Mosqueteros", que ya ha empezado a servirme, con ánimo de mantenerlos todos acuartelados en esa Corte para acudir con estas fuerzas a las partes donde más se necesiten: He resuelto quede solo mi noble "Guardia de Corps" y la "Española" para el servicio ordinario de Palacio y demás funciones que ejecutan, suprimiendo, desde luego, la "Alemana", cuyos individuos se agregarán a la "Guardia Española", entendiéndose esto, con todos aquellos que en la "Alemana" fueran españoles de nación, porque los que no lo son, han de quedar excluidos.»

El Rey, al llegar a Perpiñán, dio la orden para que se hiciera un vestuario de color azul con galones anchos de plata y demás adornos, para 500 plazas que debían sacarse de los regimientos de Caballería Española, para formar un regimiento de su guardia, con el nombre de «Real de España».

El Soberano, durante su estancia en Barcelona, mandó formar toda la Caballería española; y el Conde de La Palma, auxiliado por el Secretario de S. M., Antonio de Ubilla, sacó de ella tres compañías de 50 hombres cada una, eligiendo los oficiales más dispuestos y de mejor conducta. Organizó este regimiento en Madrid, a base de ocho compañías completas de a tres oficiales, con 50 hombres cada una, igual que las tres primeras que el Rey escogió en Barcelona, por lo que el total del regimiento debió ser de unas 400 plazas.

El 19 de mayo de 1703, el «Regimiento de las Guardias del Rey», pasó la muestra delante de SS. MM., «desmontado por estar los caballos tomando el verde», como dice la Gaceta de Madrid; «los vestidos de los soldados eran de paño fino, guarnecido ricamente con galones también de plata fina. Hicieron los ejercicios militares en la plazuela interior del Retiro; y el Rey, aunque estaba lloviendo, bajó del balcón, montó a caballo, y anduvo reconociendo las filas con gallardo espíritu y general consuelo de todos».

#### REALES GUARDIAS DE CORPS

En el año de 1704 el Rey de España, Felipe V, previa consulta con el de Francia, Luis XIV, resolvió formar cuatro compañías de «Reales Guardias de Corps», a imitación de las de Francia. Las dos primeras, con el nombre de «Españolas», formadas por el «Regimiento Real de España» que desapareció; la tercera, «Flamenca», con los «Mosqueteros» que quedaron extinguidos, aumentando éstos con 100 nobles flamencos; y la cuarta, la «Italiana».

El Condestable de Castilla, el Conde de Lemos, el Virrey de Cerdeña, el Príncipe de Tserclas y el Duque de Pópuli, fueron los cuatro capitanes designados para mandar estas compañías, siendo los tres primeros los que acompañaron al Rey a la campaña

de Portugal, disolviendo allí la «Guardia de los Armeros de la Cuchilla», que prestaba sus servicios en España desde 1502.

El número de oficiales y soldados de las cuatro compañías, según el decreto de 12 de junio de 1704, había de ser igual al de las francesas, y la ordenanza del 28 de septiembre del mismo año, determinaba la fuerza del «Real Cuerpo de Guardias de Corps»: «Mi gente de armería consiste en cuatro compañías de "Guardas de mi Persona", dos compañías de españoles, una de italianos y otra de walones.» «Cada compañía de: un Capitán, dos Tenientes, dos Subtenientes, dos Alféreces, cuatro Exentos, un Ayudante, cuatro Brigadieres, cuatro Subbrigadieres, 194 soldados con el nombre de guardas, dos que llevan los estandartes, cuatro guardas o soldados de la manga, cinco trompetas o timbaleros, un Capellán, un Cirujano Mayor, un Furriel, un Sillero y un Herrador.» «La Plana Mayor de las cuatro compañías se compondrá de un Sargento Mayor, dos Ayudantes, un Furriel y un Comisario.» «Cada compañía estará dividida en cuatro brigadas, de las cuales serán los Cabos, los Subtenientes y Alféreces, y cada brigada se compondrá de un Subteniente o Alférez, un Exento, un Brigadier, un Subbrigadier, un guarda de la manga y 49 guardas o soldados y un trompeta.»

Las cuatro compañías de «Reales Guardias de Corps» subsistieron hasta que, por Decreto de 5 de febrero de 1716, se les dio nueva planta, quedando reducidas a dos, la una española y la otra italiana, compuesta cada una de 300 guardias. En el año de 1720 se volvió a restablecer la compañía flamenca, sacándose 100 hombres de cada una de las otras dos. Posteriormente, se redujo este cuerpo y en 1750 las compañías de «Guardias de Corps» se nombraron primera, segunda y tercera. En 1760, Carlos III restableció las compañías a su antiguo pie, denominándose, como antes, Compañía «Española», «Flamenca» e «Italiana». El 7 de abril de 1793 se aumentó el «Real Cuerpo de Guardias de Corps», con una cuarta compañía, llamada «Americana», para los caballeros de aquellos dominios y con la misma fuerza que las otras. La fuerza de las cuatro compañías en 1796 era de 894 hombres.

Este cuerpo era el primero de la Casa Real, gozando la preeminencia de guardar al Soberano, por lo que tenía concedidas muchas prerrogativas y distinciones; entre ellas, la de ser el Rey, Coronel de esta tropa. Los capitanes de las compañías eran Grandes de España y los guardias no estaban considerados como simples soldados, sino como cadetes de los demás cuerpos del Ejército y criados de la Real Casa.

Por Decreto de 18 de abril de 1790, Carlos IV concedió la graduación de oficial a todos los guardias; a los cadetes y portaestandartes les dio el grado de capitán de Caballería; a los guardias que hubieran cumplidos doce años de servicio en otro cuerpo el grado de teniente; y al resto, el grado de alféreces, no pudiendo gozar de esta antigüedad nada más que cuando fueran destinados al Ejército. Las divisas de cada compañía eran: encarnada, para la «Española»; amarilla, para la «Flamenca»; verde, para la «Italiana», y morada, para la «Americana».

#### MOTIN DE ARANJUEZ

El motín de Aranjuez va unido a las Tropas de la Casa Real y especialmente a los «Guardias de Corps». Como habían entrado los franceses en España y la protección de la familia real era obligada, aunque los galos viniesen como amigos, se dispuso





Carabiniero Real y Granadero a caballo, en 1737.

Guardia de Corps y Carabiniero Real, en 1775.







Timbalero de los Reales Guardias de Corps.  
Hacia 1748.



que los «Guardias de Corps» y las «Guardias Españolas y Walonas», así como los «Carabineros Reales» y la mayor parte de los demás cuerpos de la guarnición de Madrid, marcharan inmediatamente a Aranjuez para proteger a la Corte.

El día 17 de marzo de 1808 aparecieron formadas en el Real Sitio las tropas de Madrid, todos los «Guardias de Corps», con su artillería, los batallones de las «Guardias Españolas y Walona» y la «Guardia de Honor del Generalísimo», Almirante Príncipe de la Paz. También se anunció la inmediata llegada de cuatro mil suizos desde Valdemoro y la de los «Carabineros Reales» desde Ocaña.

En la noche de aquel día unos disparos conmovieron al pueblo que se hallaba vigilando los alrededores de Palacio. Movidos por un solo sentimiento, paisanos y soldados acudieron a la casa de Godoy

gritando ¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina! ¡Muera Godoy! Los «Húsares de la Guardia del Almirante» rompieron el fuego sobre los primeros grupos que se presentaron, en los que figuraban algunos soldados y varios «Guardias de Corps», a los que dispersaron y degollaron. Gracias a esta resistencia de su «Guardia», Godoy pudo sustraerse al furor del populacho, refugiándose en la buhardilla de la casa de uno de sus criados, envuelto en una estera, donde permaneció escondido más de treinta y dos horas. Los amotinados, perdida la esperanza de saciar su rabia en la persona del Privado, se retiraron saqueando antes el palacio de Godoy.

A la mañana siguiente, el Rey dio un Decreto exonerando al Príncipe de la Paz de sus empleos de Generalísimo y Almirante, permitiéndole escoger el lugar de su residencia.





Oficial de la Brigada de Carabineros Reales.  
Hacia 1748.



Guardia de Honor del Almirante. Escuadrón de Cazadores  
de la Brigada de Carabineros Reales en 1803.

A las diez de la mañana del día 19, Godoy, devorado por la sed y el hambre salió de su escondite, siendo visto por un soldado que anunció a sus camaradas la presencia del que buscaban. Corriendo la noticia por Aranjuez el pueblo acudió a la plaza. Mal lo hubiera pasado el ex Príncipe de la Paz si antes de llegar a ella no hubiera venido en su auxilio una sección de «Guardias de Corps»: «Salió el reo de su casa a pie, en medio de un piquete de guardias de Corps, éstos lo llevaban en medio de dos caballos agarrado cada guardia del cuello de la levita, y él sostenido con ambas manos en las bridas de los caballos; iba con el cuerpo inclinado, y todo el pueblo pedía a voces su cabeza; le dieron una cuchillada en la cara, un fuerte palo en las espaldas y una pedrada en la boca, de cuyas resultas empezó a desangrarse por boca y narices; y sin embar-

go de la mucha tropa que se juntó después, no podía evitar ésta que lo maltratasen; era un objeto digno de compasión ver a un hombre que el miércoles 16 mandaba la Monarquía, se le hacía guardia con bandera, salía con batidores, y verlo hoy indefenso, preso y humillado; y a pesar de estar tan abatido el pueblo le quería beber la sangre.»

#### BRIGADA DE CARABINEROS REALES

En tiempos de Felipe V se seguía el sistema de elegir tres soldados escogidos por compañía que se llamaban «Carabineros» en la Caballería y «Granaderos» en los Dragones, los cuales formaban en caso de combate a la cabeza de los escuadrones para hacer una descarga de fuego sobre el enemigo, así como



para otros fines. En 1721 se derogó esta norma, mandando que se formaran 20 compañías de carabineros, agregándose a cada compañía de cada regimiento de Caballería, además de las 12 que componían el pie de cada regimiento. Al hacerle presente al Rey Felipe V lo poco útiles que serían estas compañías en caso de guerra por ser independientes, al no formar cuerpo —y caso de reunirse con motivo de una campaña, al no conocerse la oficialidad y la tropa, no habría entonces coexión, obteniéndose por tanto, pocas ventajas de la unión—, determinó, a imitación de otros países, formar y establecer una brigada con el nombre de «Carabineros Reales».

El 7 de marzo de 1732 se expidió la primera Ordenanza para este instituto, al que se consideró primer Cuerpo de la Caballería, después, por supuesto, de los «Guardias de Corps», formándose bajo el pie de cuatro escuadrones de a tres compañías. Cada compañía estaba constituida por un Capitán, un Teniente y un Alférez, dos Sargentos, un Trompeta, tres Cabos y 47 Carabineros. La Plana Mayor, de un Comandante en Jefe de la Brigada, un Segundo Comandante, un Sargento Mayor, dos Ayudantes, un Capellán, un Cirujano, Timbalero, Sillero y un Mariscal. En total, 636 carabineros, excluidos los oficiales.

Esta brigada, que hacía el servicio a pie y a caballo, debía nutrirse de la gente escogida de la Caballería, a la cual se dio mayor prestancia y consideraciones, aumentándose el sueldo y graduación a los oficiales en distintas épocas. El Rey, satisfecho de la conducta y valor de la brigada de Carabineros en la guerra de Italia, declaró por R. O. de 4 de enero de 1742, a este cuerpo Tropa de la Guardia.

El vestuario de la brigada de Carabineros era de paño azul forrado de colorado, chupa colorada, así como la vuelta de la casaca, galón de plata al borde de la manga, otro en la cartera y otro en el fiador de la bandolera, y el sombrero negro guarnecido de galón de plata ancho. Las mantillas y tapafundas de los caballos, azules con galón de seda blanca; el cinturón y la bandolera, blancos, con pespuntos; guantes de ante y corbata negra. Las libreas de los trompetas y timbales como las de los Cuerpos de Casa Real. Tanto los oficiales como los carabineros, según que hicieran el servicio a pie o a caballo, usaban botines o botas fuertes. El armamento: carabina rayada, pistolas guarnecidas de latón y espada. Uniforme que, con ligeras modificaciones, perduró hasta finales del siglo XVIII.

Con motivo de la guerra con Portugal de 1800, don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, formó un cuerpo de Caballería Ligera, que destinó para su guardia, quedando él como General en Jefe del mismo. En 1803 se aumentó a dos escuadrones que se integraron en la «Brigada de Carabineros Reales», estando formados desde entonces por seis escuadrones. Esta tropa, como parte integrante de la Guardia Real, obtuvo las mismas preeminencias y prerrogativas que tenía ésta, siendo uno de los dos escuadrones de «Húsares» y el otro de «Cazadores».

A estos dos escuadrones se les señaló el vestuario correspondiente a la tropa que tenía esta arma en la Caballería, que se varió en el año 1805. Un año después quedaron ambos escuadrones con la denominación de ligeros, con vestuario propio.

#### GRANADEROS A CABALLO

Felipe V también instituyó la compañía de «Granaderos a Caballo» el 26 de diciembre de 1731, sacando los soldados de los regimientos de Dragones

de Bélgica, Batavia, Sagunto, Numancia y Lusitania, dándoles las mismas prerrogativas, pie y fuerza que tenía la compañía de Granaderos a Caballo de la Casa Real de Francia con la fuerza de 150 hombres.

La compañía se dividió en tres brigadas compuestas cada una de un Brigadier, con grado de Capitán, dos Subbrigadieres con el de Teniente, un Tambor, dos Cadetes, dos Lanspesadas y 45 Granaderos, estando en la primera el Portaestandarte, graduado de Alférez. La Plana Mayor estaba formada por un Capitán-Teniente que era Brigadier del Ejército, un Teniente que era Coronel y un Subteniente que era Teniente Coronel del Ejército. Además de esta Plana Mayor se nombró un Mariscal de Logis, con el grado de Teniente Coronel, un Ayudante con el de Capitán, un Capellán, un Cirujano, un Tambor Mayor y un Herrador, a quienes se les dio mayor paga que el resto de la caballería. Estos granaderos se ocuparon de la custodia del Infante Don Carlos, en la conquista de Nápoles y Sicilia, adonde marcharon en su compañía como «Guardias de la Persona».

El vestuario de esta compañía era de paño azul, con vuelta grana y calzón también de paño azul; la casaca guarnecida con ojales de galón de plata en forma de alamar y un ribete de galón de plata al canto, lo mismo en la casaca que en la chupa; capas de paño azul con galón de plata al cuello, y las mantillas y tapafundas de paño azul con galón de plata al canto.

Las libreas de los tambores eran, asimismo, de paño azul con vuelta roja, galoneadas de plata; y las de los oboes como éstas pero más distinguidas. Los uniformes de los oficiales mayores eran de la misma divisa, con ojales de plata en forma de alamar, guarnecido el resto del vestido por las costuras. Los oficiales inferiores tenían la distinción según su grado.

Los oficiales y granaderos de esta compañía llevaban bonete a la granadera de color grana, de piel de oso, bolsa grana, cinturón y portafrasco, guarnecido todo ello de galones de plata en correspondencia con la casaca. Las gorras y las bolsas llevaban, además, bordado el escudo de las armas reales españolas. Los oficiales y los granaderos usaban botines, ya hicieran el servicio en campaña, a pie o a caballo. Su armamento consistía en fusil con bayoneta, sable y dos pistolas en el caballo.

La compañía de «Granaderos a Caballo del Rey» —que estaba formada, según la Ordenanza de 3 de mayo de 1735 de «hombres altos, robustos, de conocido valor, cuerdos y con bigotes»—, se extinguió el año de 1748, al reducirse el Ejército como consecuencia de haberse terminado la guerra de Italia. No obstante, volvieron otra vez a la Guardia Real en el año 1824. Esto lo trataremos en otro capítulo.

#### GUARDIAS DE LA PERSONA DEL REY

El primero de julio de 1814, después de más de cien años con el mismo nombre de «Guardias de Corps», Fernando VII cambió dicha denominación afrancesada por la española de «Guardias de la Persona del Rey». El 28 de octubre de 1816 mandó que se aumentara el Cuerpo con una brigada completa de «Flanqueadores», con la montura y vestuario de los Cazadores de Caballería, siendo el primero y segundo escuadrón de Granaderos, y el tercero y cuarto de Ligeros.

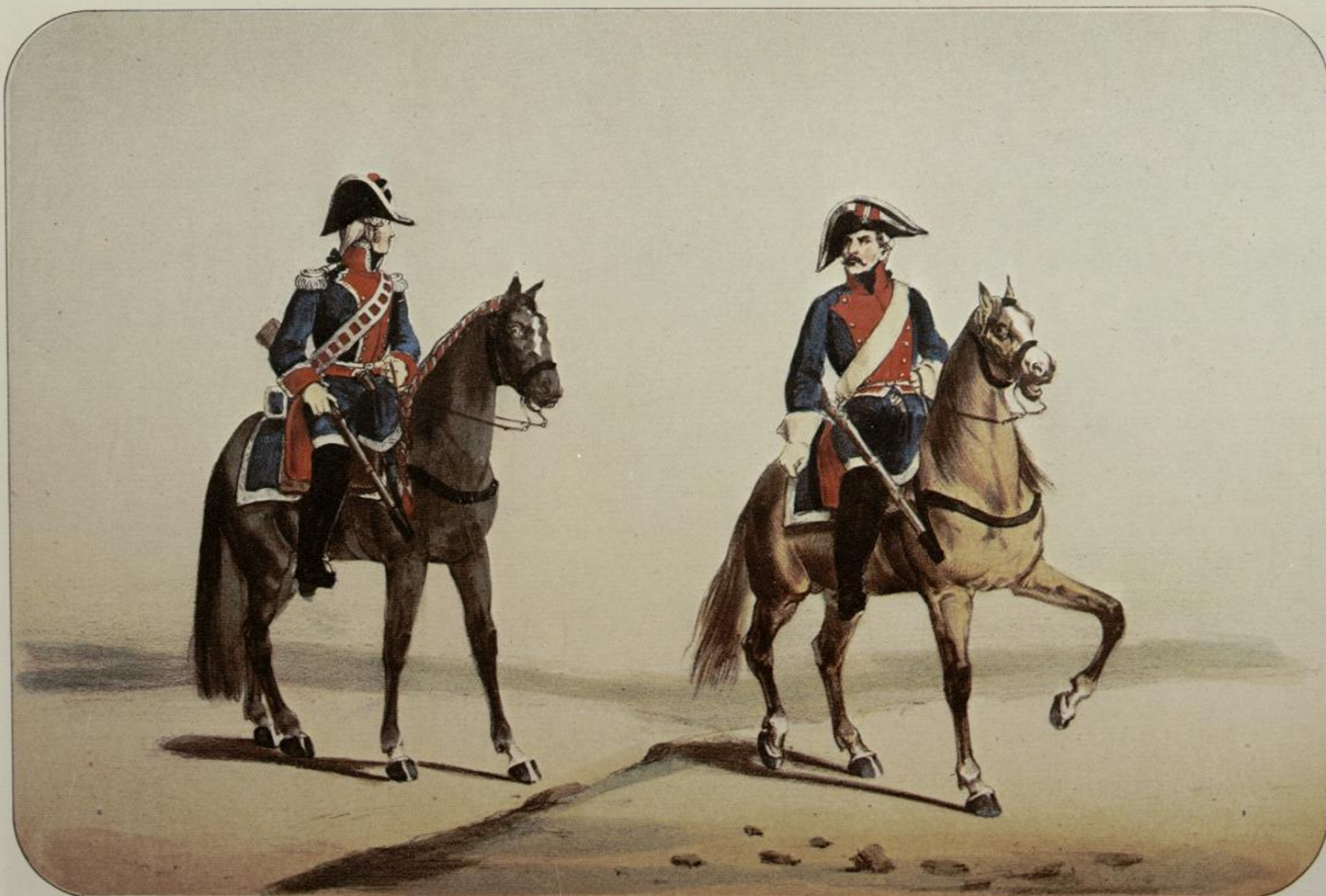
El vestuario de los «Guardias de la Persona del Rey» no varió mucho del de sus antecesores los «Guardias de Corps», ya que la casaca continuó siendo azul; el cuello, solapa, vueltas y forro de la ca-





Guardia de Corps y Carabiniere Real en 1789.

Guardia de Corps y Carabiniere Real en 1802.







Guardia de Corps, de las dos primeras compañías españolas de este Real Cuerpo, en la época de su creación (1704).

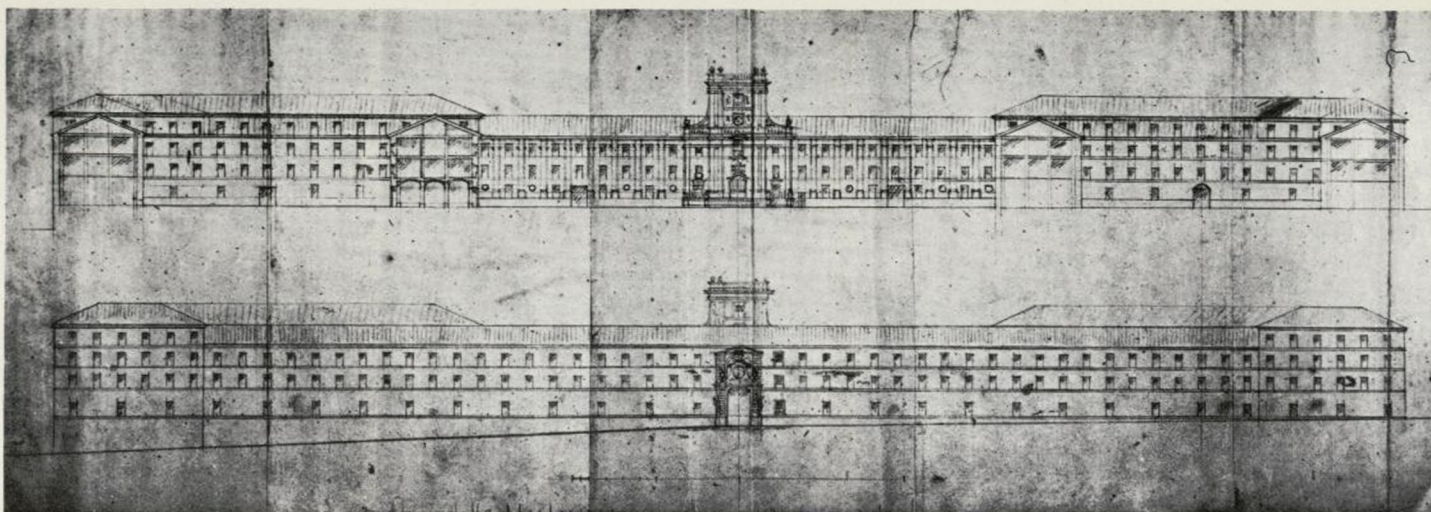
saca encarnado, pero se introdujo el calzón y chaleco blanco para gala; el botón, bandolera y galón de plata y los cuadretes de la bandolera de los tres escuadrones, encarnados. El de los escuadrones Ligeros debería ser igual al de los Granaderos, pero en vez de la granada que éstos llevaban en la espada, chapa y faldones de la casaca, deberían llevar aquéllos una flor de lis; y en lugar de la mantilla y maleta cuadrada de los Granaderos, los Ligeros usaban chabrac y maleta redonda.

El cuerpo de «Guardias de la Persona del Rey», según esta resolución de 28 de octubre, quedó formado por cuatro escuadrones y cada uno de éstos de a tres brigadas, una de éstas de «Flanqueadores», siendo la fuerza total de 698 plazas montadas, sin contar oficiales de escuadrones y plana mayor.

A consecuencia de los desagradables sucesos que tuvieron lugar en Madrid en el mes de febrero de 1821, el cuerpo de «Guardias de la Persona del Rey» cesó en todas las funciones del servicio que le correspondían por la ordenanza a que estaba sujeto y así lo dispuso su Majestad y se hizo público por R. O. de 7 de febrero de dicho año. La restauración del sistema constitucional produjo el Decreto de las Cortes de 29 de junio de 1821, suprimiendo el cuerpo de «Guardias de la Persona del Rey».

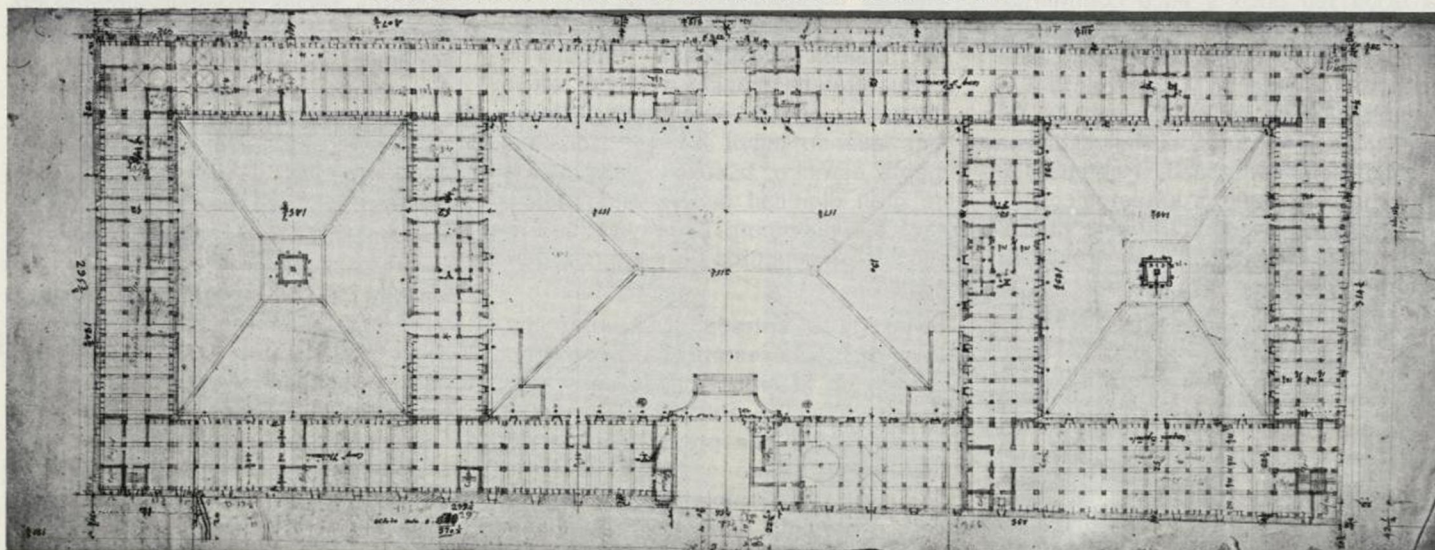
Este cuerpo, el más lucido que se conocía en España, subsistió prestando el servicio al mismo Godoy, hasta que por los sucesos del año de 1808 fueron reformados los escuadrones. Más adelante, por Real Decreto de 23 de mayo de 1822, quedó extinguida la Real Brigada de Carabineros Reales.





Alzado del Cuartel del Conde Duque (Archivo del Palacio Real de Madrid).

Planta del Cuartel del Conde Duque (Archivo del Palacio Real de Madrid).



Teodoro Ardemans cuando Ribera sólo se ocupaba, en lo oficial, de cubrir sus ausencias.

El edificio, destinado al cuerpo de guardia más distinguido del ejército, es una obra de gran alcance artístico. Repasando tratados de fortificación y seleccionando aquellos de los que tenemos noticia que se hallaban en España en época barroca, llegamos a la conclusión de que muy poco sirvieron de guía a Pedro de Ribera para el nuevo concepto de cuartel levantado en pleno corazón madrileño. Es decir, no se puede descartar que la idea del colosal recinto ideado por Pedro de Ribera esté en cierto modo condicionada por el viejo sistema de ciudades o edificios fortificados que aparecen desde la antigüedad, ya que su propio colosalismo, su distribución geométrica, sus espacios abiertos interiores y las estancias acondicionadas para una vida permanente de las tropas, nos llevan al recuerdo de los «castra stativa» romanos, o campamentos de posición, verdaderas obras de arquitectura, confortables, con estancias provistas de atrium y cuyo núcleo habitable fue en

algunos casos origen del nacimiento de una ciudad que surgió casi a su imagen y semejanza. El lugar elegido para estos recintos antiguos se buscó en muchos casos bajo la característica sustancial de hallar una posición fuerte, dominante, una ribera escarpada, desde la cual el edificio ejerciese el dominio del entorno y, también, una estrategia preconfigurada. Algo de tales intenciones aparecen en el Cuartel de Guardias de Corps madrileño, que emula en su tamaño y en su posición alzada y arrogante sobre los altos de Leganitos, el propio contexto arquitectónico de la real fortaleza-Alcázar. Pero los recintos militares romanos, que nacieron, muchos, en lugares fronterizos, también tuvieron aplicación dentro de los propios palacios de los emperadores. Los sectores de la guardia dentro de la residencia, en Roma, de Nerón, o del palacio de Diocleciano, en Spalato, cerca de la antigua Salona, muestran la importancia que se va concediendo a los cuerpos de guardia personal y su presencia y adecuación a una fortaleza palaciega. El palacio de Spa-

lato, con sus torres angulares, grandes patios internos y la perfecta regularidad de su trazado es el importante eslabón que nos lleva al Castillo Sforza de Milán y a otras residencias fortaleza del Renacimiento donde se tiene en cuenta arquitectónicamente la presencia de los cuerpos de guardia, hasta llegar a ser independientes en el siglo XVII.

El tratado de fortificación que encontramos con extraordinaria frecuencia en las bibliotecas de los arquitectos madrileños de los siglos XVII y XVIII es el de Cristóbal de Rojas<sup>4</sup> dirigido al Rey Felipe III y publicado en 1598. Dividido en tres partes, atiende profundamente a los fundamentos de la arquitectura militar, ubicación, proporciones, distribución, conocimiento de los materiales, etc. Junto a él, el libro de Salomón van Es, con su resumen de las villas y lugares fortificados, dedicado al Condestable de Castilla, don Íñigo Melchor de Velasco y Tovar, en el año 1666, nos ha dado a conocer una serie de dibujos con las plazas fortificadas de Brujas, Lille, Ypre, Cambray, etc.<sup>5</sup>. Otros anónimos muestran igualmente una serie de láminas de



plazas de Flandes en donde observamos que el cuartel de la tropa se incluye invariablemente dentro de la composición del conjunto en torno a la plaza de armas, según el principio de Francisco de Rojas: «Se escogerá la plaza de armas en lo más alto del Sitio y tan grande que se pueda poner toda la gente en batalla cuando le tocara arma, y cerca de la plaza se repartirán los cuarteles estando a la frente dellas las banderas»<sup>6</sup>. Estos y otros tratados revisados creemos, como hemos dicho anteriormente, que sirvieron poco de inspiración a Pedro de Ribera salvo en la labor puramente práctica del levantamiento del Cuartel. Su concepto nos parece de orden diferente y empalma más bien con el sentido del mundo clásico en donde la tropa fue poco a poco configurándose dentro de un recinto palacial. Nos parece de suma importancia este hecho como eslabón y precedente a la organización de las tropas a fines del siglo XVII y XVIII, en edificios de auténtica monumentalidad, a quienes se les otorga un papel arquitectónico rector a la misma altura artística que el resto de los monumentos oficiales. La significación dada al monumento-cuartel quizás esté en función también de la nueva mentalidad del monarca en el aspecto militar. Los hombres que integran su escolta no son anónimos soldados, son, como hemos dicho, Grandes de España y viven rodeados de innumerables privilegios que sólo disfrutaron hasta ese momento determinados miembros de la nobleza. El Rey busca para su seleccionada tropa un aposento grandioso, idea con la que supo identificarse con perfección Pedro de Ribera.

La idea del monumento, como hoy podemos observar en las trazas del arquitecto, apuntan hacia un organismo de alta resonancia. El esquema es variación de una composición que tiene representación en edificios tan importantes como el Hospital Mayor «Ca' Granda» en Milán, de Filarete, obra de pleno «cuatrocento», gran complejo de plata rectangular para unificar los servicios médicos, dividido en tres cuerpos separados por patios, el central de mayor amplitud para ubicar en él una capilla. Variación del simétrico esquema del Monasterio de El Escorial, patios laterales y central donde se ubican, en el mismo eje, vestíbulo de entrada e iglesia en coordinada perspectiva, variación también del Hotel de los Inválidos de Liberal Bruant, o la planta de Bernini para el Louvre, rectángulos todos ellos simétricos y taladrados por un patio mayor y otros secundarios, en donde volvemos a recordar que encuentran sus precedentes en el Palacio de Diocleciano en Spalato, y que asimismo tomaran por modelo los grandes Fürstabeien del siglo XVIII en Centro-Europa.

## CARACTERÍSTICAS DEL CUARTEL

La planta del edificio de Guardias de Corps en el proyecto de Ribera es un rectángulo perfectamente regular, que llegó a medir en su realidad 228 metros de lado mayor y 83 en el menor<sup>7</sup>. La entrada principal está situada en el centro del lado mayor por la que se pasa al patio principal, de casi doble tamaño que los laterales, a través de un vestíbulo rectangular con puertas de acceso a las estancias interiores. En el mismo eje en perspectiva de la entrada, atravesando el patio grande, se encuentra una incomparable fachada, de perfil casi escurialense, que juega al parecer un papel arquitectónico ornamental, ya que adaptado al esquema tradicional de fachada de iglesia, sirve a esta función en la pequeña capilla cubierta con bóveda encañonada. Ningún fin estructural ha movido a Ribera en la incorporación de esta gran fachada, sino que su móvil ha sido absolutamente estético, buscando ese resorte de gran dignidad para dar al edificio carácter monumental y aliviar los monótonos paramentos de sus áreas funcionales.

La puerta de entrada al recinto, llamativa, recia, mayestática, es pieza implicada en la gran fachada del fondo, y así lo analiza Ribera dibujando el testero sobre ella previniéndonos del efecto que ha de causar al espectador que la contempla desde fuera. El antecedente de este juego perspectivo está, sin duda, en El Escorial, en la idea de Juan Bautista de Toledo, que concibió la fachada del Monasterio en perfecto escalonamiento con la de la iglesia, idea alterada por el levantamiento de un piso más en todo el perímetro delantero. En el proyecto de Ribera, la fachada en dos órdenes unificados por aletones, sus rampas convergentes en la puerta central y sus remates casi horizontales, son conscientes del ritmo grave y tendido de todo el edificio. Su objetivo, sus soluciones, nos parecen un capítulo insólito en la obra de Pedro de Ribera; es fachada que no sólo nos lleva al purismo escurialense sino a la más escueta y rigurosa formulación que hizo Juan de Herrera para la Catedral de Valladolid en plena estapa románica.

¿Qué es lo que pretende Ribera en esta obra, de muros lisos, de imposta continua, de molduras severas, de sucesión inalterable de aperturas, de clásica compartimentación, de largas enfiladas de extensión casi indeterminada de torres angulares, de óculos serlianos, con un centro focal interior como verdadero símbolo de todo un sistema que altera y sorprende en el propio organismo reiterativo? Creemos que Ribera, en esta obra, ha querido

sorprender y sorprenderse a sí mismo en un examen de asimilación de las formas clásicas que ha visto, que ha aprendido y que ha asimilado profundamente en la gran lección de la arquitectura hispánica. Pero Ribera, en la planta y en el alzado del Cuartel de Guardias de Corps no sólo ha desarrollado un lenguaje y una intención clásicas, también ha buscado en la esencia artística de su tiempo el desarrollo de aquellos elementos sobre la portada de entrada que constituyen una síntesis singular de elementos barrocos diversos. Las pilastras fajadas de almohadillado rústico que encuadran el vano de entrada y se prolongan para servir de marco al escudo, son tomadas de la propia portada del libro citado de Cristóbal de Rojas. Son potentes, recias, con sensación de fortaleza en su despliegue anchuroso y apresado, incrustadas en el muro liso que recorta aún más agudamente su extraña y rugosa textura. Los motivos no se refrenan en ella, despliegan todo el dinamismo inherente al carácter barroco con que han sido sentidos, sobresaliendo ostensiblemente y contrastando sobre los muros lisos exteriores. Un mundo orgánico hace su aparición con sus espacios naturales reteniendo la luz que incide aguda y tenuamente entre los cortinajes, las cartelas florales, los festones o los símbolos reales. El eje longitudinal que tiene su arranque en esta portada y nos lleva hasta el fondo en fachada también del patio principal; es un mundo de verdadera sorpresa, de contrastes insuperables, de una consciente apelación al ayer y al presente, tal vez al presente y el futuro clásico que ya se presiente.

Hemos recorrido palmo a palmo el edificio, salvo algunas estancias cegadas. La impresión que nos ha causado su arquitectura es casi indefinible. Los abovedamientos múltiples de la zona de sótanos (sugieren un alzado del edificio totalmente independiente), los muros de casi dos metros de espesor, las altas ventanas en juego constante de esviajes para trasladar la luz a determinados puntos, la sucesión interminable de las arquerías en la primera planta para las caballerías con grandes efectos de perspectiva, las cajas de escalera de madera y piedra que aún conservan su forja y los muros interminables sobre los que se alternan ventanas rectangulares y óculos. Grandes hiladas de piedra se constituyen verticalmente en el sustancial esqueleto que traba los anchos paramentos de ladrillo. Sobre los huecos prevalecen los arcos de descarga, y en torno a cada vano un encuadre de moldura sencilla. Las esquinas se refuerzan también de cadenas de sillares y todo el edificio se imposta sobre el alto

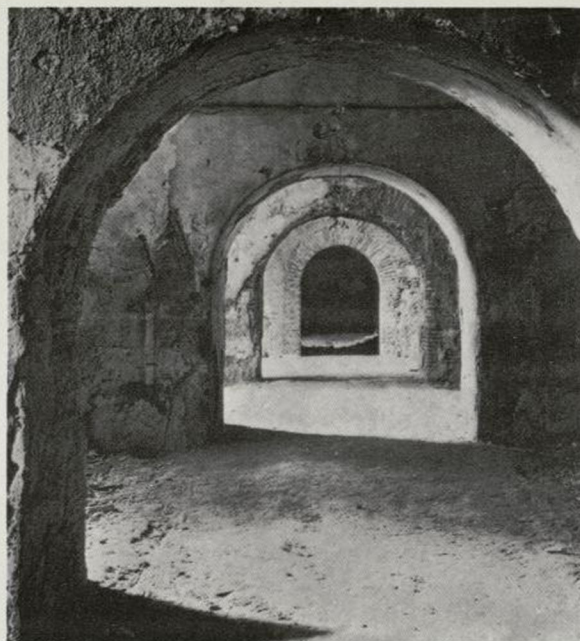




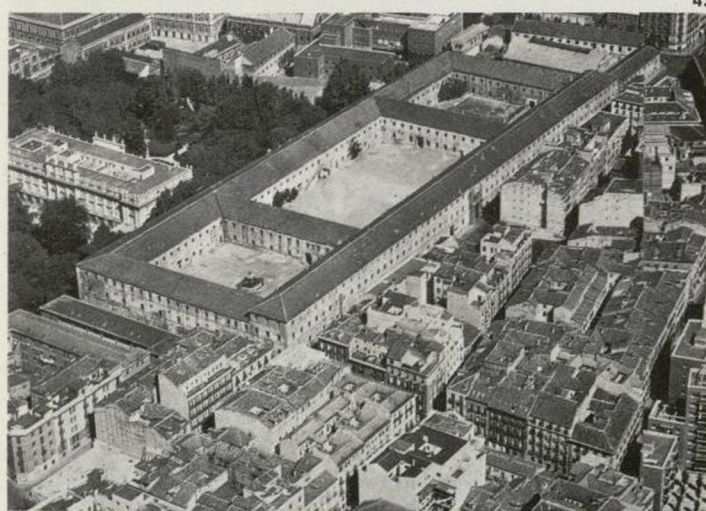
1.



2.



3.



4.

1. Puerta principal del Cuartel del Conde Duque; 2, galería de la planta baja; 3, galería de la planta de sótano; 4, panorámica aérea del edificio; 5, maqueta del Cuartel realizada por León Gil de Palacios (Museo Municipal de Madrid).

5.



zócalo de piedra sobre el que contrasta el muro de ladrillo.

En la planta de Pedro de Ribera, se señalan con gran detalle las grandes crujías de arquerías en cuyos extremos se dibuja siempre una zona destinada a pajar. En los tramos centrales, los conductos entre el patio mayor y los laterales determinan en el encuentro transversal y longitudinal de las arquerías, el peculiar esquema cruciforme dando uniformidad a ambos paramentos que cierran por los lados menores el rectángulo del patio mayor. En el testero norte del edificio, toda la zona izquierda fue destinada a la Guardia Española, y la derecha a la italiana. Las zonas en torno a la puerta de entrada principal fueron destinadas a la Guardia Flamenca; esta distribución es señalada sobre la planta por Pedro de Ribera. También señala con cruces un altar mayor y colaterales de lo que pudo ser la cripta bajo la iglesia a la que se accedía por la escalera situada a la izquierda del templo. Los datos que se advierten en la planta no son muy aclaratorios sobre la compartimentación que esta estancia tuvo. La con-

formación interior de la iglesia nos parece que aún no estaba decidida por el arquitecto. Se advierten otras zonas abovedadas, sobre todo en la crujía derecha y se reflejan asimismo las medidas de cada una de las estancias. Los patios secundarios también dibujan en sus centros las respectivas fuentes que hicieron de bebederos. Tenemos noticia de que se conserva una de ellas en un Cuartel de Madrid, pero no hemos podido precisar dónde. Ribera, como vemos, dibuja tres pisos en la zona delantera, con excepción de las torres angulares y cuatro en la zona posterior de los patios laterales, igualándose a la zona torreada, diferenciando el testero de la plaza mayor con sólo tres pisos también, con lo cual se destaca con mayor énfasis la hermosa fachada en dos órdenes. A los lados de este eje principal hay dos portadas más, una de ellas se conserva, donde Ribera muestra también los detalles ornamentales barrocos tan peculiares de su estilo, sobre todo cartelas y bocelón mixtilíneo, detalles que ornaron la fachada del centro amenizando su austera y casi escurialense estructura.

Interiormente, el edificio ha sido transformado a través de los años, preferentemente la zona izquierda, por su utilización para diferentes funciones administrativas. Se mantienen en pie algunas galerías que todavía son indicativas de su ritmo proporcionado y perfecta elaboración técnica. También los abovedamientos de los sótanos impresionan y son asimismo prueba de los recursos arquitectónicos prácticos de gran sabiduría llevados a cabo por el arquitecto. Sobresalen las bóvedas semiesféricas de ladrillo rebajadas y las entradas de luz en esviaje en las cuales se puede apreciar el enorme grosor de los muros. Una bóveda situada en el ala norte, en zona de sótanos, nos parece pertenecer a una construcción anterior al edificio. El señor Ibarrondo, en su trabajo sobre el edificio, da una amplia información sobre la posible distribución, características del solar, superficie, etcétera. A su trabajo de investigación sobre el edificio queremos añadir hoy algunas noticias documentales que contribuyen a un conocimiento más explícito de su proceso constructivo.



## DOCUMENTACION

En el Archivo Histórico Nacional, en Sección especial de los fondos de Hacienda, se encuentran una serie de escrituras, de ventas y tasaciones de casas cerca de la puerta del Conde Duque que corresponden a los solares que se adquirieron para la edificación del Cuartel de Guardias de Corps<sup>8</sup>. Otras cartas de pago para adquisición de otras casas para la construcción del mismo con tasación de Pedro de Ribera<sup>9</sup>, y otras noticias de pagos a Ribera por la traza y construcción del Cuartel de Guardias de Corps que son reflejados en la partición de bienes de doña Juana Bouterier, esposa del arquitecto<sup>10</sup>.

Con fecha 13 de diciembre de 1729 se emite una certificación con el importe de lo gastado en la fábrica del Cuartel desde el 1.º de septiembre de 1717 a fin de diciembre de 1729. Certifica don Diego Revolledo de Urrutia, Contador de los efectos aplicados a dicha construcción, y en el documento se especifica el impuesto de azúcar, aceite, contribución de los gremios, y de los diferentes pueblos, aplicaciones de S. M., multas de comerciantes de Indias, beneficios de empleos varios, arrendadores de rentas de Madrid, impuesto de cacao y chocolate, etc. Los efectos, mediante diferentes órdenes particulares son entregados a don Juan García San Román, tesorero, y de ellos se reflejan algunas partidas que nos ponen en conocimiento de la plantilla de maestros que acompañaron a Pedro de Ribera en el levantamiento del edificio. Dichas partidas están encabezadas por la que se entrega a don Pedro de Ribera,

«Maestro que ha dirigido y dirige dicha fábrica, por el importe de copias, de jornales y materiales en virtud de la orden de S. M. de 5 de noviembre de 1717, y de las dos copias firmadas por dicho maestro y certificadas de D. Juan Fernández Alcayde de dichos Cuarteles, 6.398.658 reales de vellón y 24 mrs. Al dicho fuera de copias y en virtud de dicha orden general y relaciones firmadas de dicho maestro y de los sobrestantes de materiales para compra y portes de madera desde 11 de junio de 1718 asta 24 abril de 1721. Al dicho fuera de copias por los materiales que con orden de S. M. de 7 de septiembre de 1719 se subieron del Puente de Toledo a Cuarteles, con calidad de reintegrarlos y pagarlos mediante haber cesado por entonces la obra del puente y de importe mediante la relación jurada que de ellos entregó dh maestro, fue 40.000 reales de vellón»<sup>11</sup>. «Al dh fuera de copias por cuenta de la compra, la labra y conducción de la madera que con orden de S. M. de 11 de octubre de 1726 se compró en los montes de Guenca para dicha fábrica de la que no consta en la Contaduría que se debe respecto de no haberse acabado de conducir y haber porción considerable de ella en la villa de Estremera, 360.000 reales de vellón. A Manuel y José Alonso de Pinto, vecinos de la Alhameda de la Sagra, por cal fuera de copias, 119.102 r. de v. Al Convento de San Jerónimo de Madrid, por ladrillo fuera de copias, 13.601. A D. Manuel de Inda y D. Antonio Parrilla, vecinos de Madrid, por ladrillo y

baldosa para dichos Cuarteles fuera de copias, 67.789. A D. Eugenio Valenciano, Maestro de Obras, por la obra de la alcantarilla de Leganitos; no hay orden por escrito para pagarle de Cuarteles esta obra, oi decir al Marqués de Vadillo, se la había dado el Rey a boca, 13.991. A los empedradores, por empedrar el primer medio Cuartel según tasa y medida hecha por Ribera, 22.598. A Domingo García, Maestro de Fontanería, por la obra de fontanería, tasada y medida por Ribera, 81.798. A Gremios de Herreros, por hierro para rejas y escaleras, 102.817. A los cerrajeros, por diferentes obras, 4.807. A D. Antonio Bohorques, por reparos en las Caballerizas de la Casa de Peña para que estuvieren los caballos de tres brigadas cuando se empezó el Cuartel, 1.177. A Juan de Revuelta, maestro de cantería, por la obra de cantera que tiene ejecutada en escaleras, crujías de las caballerizas, arcos de las bóvedas de la Capilla y la que está ejecutando en ella, de la que no se puede dar razón sin medirse y tasarse, 316.000. A José Álvarez y Juan Luengo, por cuidar de la cantería, materiales y pertrechos, 1.533. A Francisco Martínez de Iturga, maestro portaventanero, por las obras de su cargo hechas por contrata, 3.600. A Francisco Durán, maestro carpintero, por resto de 24.796 que conforme la medida y tasa de Ribera importó su obra por contrata con el Marqués de Vadillo, 5.940. A Manuel y Miguel del Río, maestros de obras, por contrata para el igualo y blanqueo fr crujías y cuarteles de primer medio Cuartel, 178.500. A los herederos de D. Jerónimo de Miranda, de orden de S. M. de 10 de mayo de 1728, por reparos de sus casas en el tiempo que estuvo en ellas acuartelada la Compañía Flamenca, 15.000. A D. Pedro de Ribera, como tesorero de la Fábrica de Paños de Abrevile, que está en la Real Casa del Ponto de Madrid, 300.000 que S. M. mandó pagar del caudal de los Cuarteles para la planificación de telares con calidad de su reintegración.» Por refacción eclesiástica se integran Capilla Real, Cabildo de Curas y beneficiados de la Corte, Capilla de San Isidro, Convento de Santa Isabel, Congregación de San Pedro, Alejandro Aldrovandini, Nuncio de S. S. Arzobispo de Toledo, etc. A diferentes dueños de casas por la demolición de sus viviendas para la construcción del Cuartel se pagan 272.202. Por igual concepto al Convento de Montserrat, 36.000. A Urbán Ruiz Velarde, por premio del dinero que buscó por orden de mayo de 1719, 1720 y 1721, para continuación de los Cuarteles, 55.235. A D. José de Churriguera, Maestro de Obras, por el tiempo que asistió a las obras del Cuartel, 7.000. A D. Pedro de Ribera, por cuenta del sueldo que gozó como tal maestro que ha dirigido y dirige la fábrica por nombramiento del Marqués de Vadillo en virtud de la Orden General, con el sueldo de 800 ducados de vellón al año y 800 reales de vellón, 8.800. Se le están debiendo los restantes. Por el sueldo de tesorero de 1.º de septiembre de 1717 a fin de diciembre de 1729 al respecto de 5.000 reales al año, 61.666. Por el sueldo de contador (el mismo tiempo), 74.000. A Benito Terrero, por diferentes Inventarios cuando se sacaron los papeles de dha Contaduría de D. Domingo Gómez de Noriaga, por cuenta de la ayuda de costa por el cuidado de la gente que trabaja en los Cuarteles, 3.000. A Martín de Baeza, Alcayde de dichos Cuarteles, 1.825. Lo que con certeza consta estar debiendo dicha Fábrica es: 99.734 del sueldo al Maestro que la dirige. A Manuel y Miguel del Río, por la obra de su cargo que está construyendo, 28.500 reales de vellón. A D. Manuel de Pellicer, por los sueldos devengados, 22.761 reales de vellón y 10 mrs.»

El 25 de enero de 1730 se pasa en Junta orden de tasación que será efectuada el 30 de agosto del mismo año por los arquitectos Francisco Ruiz, Andrés Esteban, Gabriel Valenciano y el maestro de las obras reales Juan Ro-

mán<sup>12</sup>. Nos causa extrañeza no encontrar entre los oficales y maestros que integran la obra del Cuartel de Guardias de Corps, el nombre de Francisco de Moradillo, al que siempre se vinculó al edificio en sus años de aprendizaje junto a Pedro de Ribera.

Sólo nos queda expresar el deseo de que las trazas del edificio que custodiaba el Archivo del Palacio Real de Madrid, la interpretación que nos merecen, y las noticias sueltas que sirven de complemento a la configuración de su verdadera historia constructiva, favorezcan la restauración iniciada del edificio en el sentido de recobrarle en su más auténtica fisonomía y en sus verdaderos valores artísticos.

El Cuartel de Guardias de Corps sufrió un grave incendio en 1869. En su restauración se emplearon estructuras metálicas y también se modificó su compartimentación interior. Posteriormente a 1841 se instaló en él la Escuela General Militar hasta su traslado a Toledo en 1846. Más adelante fue destinado a otras Armas y a diversos fines militares. La configuración del edificio que consideramos más fiel al concepto creado por Pedro de Ribera es la que nos ofrece la maqueta de León Gil de Palacios, realizada en 1830, donde todavía conserva la hermosa fachada de la iglesia en el interior del patio principal y donde también se dibujan los largos ventanales, los óculos y los recuadros con que fueron ornados sus muros. Ribera quiso emplear un orden gigante de pilstras separando los tramos del patio principal, como se indica en el proyecto, detalle monumental que al parecer no se llevó a cabo.

## NOTAS

<sup>1</sup> J. L. Ibarrondo: *El Cuartel de Reales Guardias de Corps*, en revista «Villa de Madrid», n.º 42 pág. 48; A. Rodríguez Cano: *Quién fue el Conde Duque que dio nombre al Cuartel y a la calle así llamadas*, en «Villa de Madrid», n.º 36, pág. 76.

<sup>2</sup> ASA. 3-148-3.

<sup>3</sup> Alfonso de Carlos: *Guardias a Caballo (1704-1824)*, en revista REALES SITIOS, año XV, número 56, 1978, pág. 38.

<sup>4</sup> Cristóbal de Rojas: *Teoría y práctica de fortificación, conforme a las medidas y defensas destos tiempos*. Madrid, 1598. (Imprenta de Luis Martínez.)

<sup>5</sup> Salomón Van Es: *Resumen de todas las plantas de las villas y lugares fortificadas debajo de la obediencia de Su Majestad*. 1666.

<sup>6</sup> Cristóbal de Rojas: *ob. cit.*, capítulo X.

<sup>7</sup> A.P. Sección de Planos. Núms. 230 y 231. La planta mide 0,90 x 0,32 cm. El alzado 102 x 37,5 cm. (Lápiz y toques de tinta). Los planos tienen anotaciones manuscritas a mano realizadas por el propio arquitecto, que hemos identificado comparándolas con otros documentos conteniendo escritos de Pedro de Ribera.

<sup>8</sup> A.H.N. Fondo Histórico Especial (Ministerio de Hacienda). Caja 45.

<sup>9</sup> A.P.M. P.º N.º 14.894. F.º 653; P.º N.º 14.921. 19 de febrero de 1718.

<sup>10</sup> A.P.M. P.º N.º 14.893. Esc. Manuel Naranjo.

<sup>11</sup> ASA. 3-434-22.

<sup>12</sup> J. L. Ibarrondo: *ob. cit.*